





Magela Baudoin

El sonido de la H



MilMadres

El aroma corrosivo de las flores del funeral emancipa el pasado, Rafaela. Lo trae aquí, no sé si en forma de purificación o de envenenamiento, pero lo trae y es como un viento salvaje que viene a echarme arena en los ojos. Veinticinco años han pasado y estás muerta. Hay verdades que no pueden maquillarse, cariño. Hallaron tu cuerpo desnudo en la tina, mayúsculo, a pesar de las tantas mutilaciones que te hiciste y de todos tus esfuerzos por disminuirlo. Dicen que los seres humanos se encogen con la edad, pero no es cierto. No en tu caso, al menos. El 1,78 que medimos en el marco de la puerta de mi cuarto cuando éramos chicas, permaneció inmune al tiempo. Igual que tu sonrisa, que no se deformó ni siquiera con el corrientazo del infarto. Hoy, que tu cuerpo y el mío no son más que sobras de lo que fuimos, nuestra historia se me aparece desfigurada por el olvido y, entonces, para no atragantarme la digo.

Siempre fuiste una suicida, pero no te suicidaste; tengo que concederte eso. No eras un corazón cobarde. Vuelvo atrás, al origen y, si quisiera ser fiel, debería decir «Rafael», pero digo Rafaela. Solo un alma averiada como la tuya podía ir al colegio con aretes esmeralda, llevar dos lágrimas verdes y sediciosas colgando de las orejas, sin importar que el patio entero te rugiera. Lo hacías un día, dos días, tres, hasta lograr que el director llamara a tus padres: a tu padre, en realidad, que era lo que te importaba. Pero como el desgraciado casi nunca estaba disponible, entonces aparecía una nueva afrenta: plumas, sombreros, paraguas, lantejuelas... Ya hu-

biera querido yo ser tan excesiva. Escribo tu nombre en esta hoja y pienso que si tuviera que nombrarte hoy, elegiría una flor, no un animal. Una flor carnívora. Tu alarde femenino era un grito, un alarido sexual que no temía entregarse al vacío ni perderse.

Recuerdo exactamente cuando te conocí: Carnaval de 1989. Yo fui por primera y única vez en la vida reina de algo, reina de mi curso. Me eligieron porque no tenían otra; cuando eres la única chica de la clase, lo caballeroso es ceder el paso. Fue bochornoso porque no hubo elección. La profesora de historia anotó mi nombre en la pizarra y dijo: «Ya está, tenemos reina». Los chicos rieron y silbaron. No pude contarle a mi madre ni a mi hermana porque me dio mucha vergüenza. Cómo podría haberlo hecho si mi madre nos repetía hasta el cansancio que lo más importante era «la cabeza y el corazón». La estoy viendo, aplastándome con su dedo la frente. Para ella, para nosotras, la belleza era un don menor. ¿Qué digo un don?, era menos que una característica, algo que no te definía, que no podía representarte, algo tonto. Tan tonto que ni siquiera servía para describir lo que te gustaba. Si llegabas a decirle: «Me encantó la película, es linda». Ella te respondía: «Lindo es una vaguedad. ¡Define! Cualquiera puede decir bonito». Debí haberme negado, pero no pude. Hubiese sido más honorable, más inteligente, pero me quedé paralizada. Creo que hasta reí aquel día. Llegué a casa y tuve fantasías toda la tarde frente al espejo, ideas bonitas sobre mí.

Nunca algo es tan desastroso como cuando no lo esperas. Pensé que podía resultar, confiaba en mí de alguna manera, y si bien no tenía ropa nueva ni flores, traía el cabello suelto y la secreta esperanza de brillar. Olvidé, qué tonta, que la regla básica de cualquier competencia es exhibirte. Me di

cuenta tarde de que las proporciones de esa contienda eran apoteósicas y crueles. Cientos de espectadores nos miraban y no exagero cuando digo cientos, tú lo sabes. Cómo pude olvidarlo, si mi timidez era predecible: tartamudeaba y enrojecía, enrojecía y sudaba, sudaba y decía estupideces. Todo sucesivamente y sin que pudiera controlarlo. Yo, la reina del control y no podía dejar de temblar cuando me miraban.

Debíamos desfilan desde el patio de primaria hasta el de secundaria en medio de una legión de pantalones azules y camisas blancas, celestes y crema. Hubiera preferido ser sorda, dejar de escuchar los gritos y las risas. La profesora de historia me llevó al baño. Me miró como a una huérfana, y luego, en un acto de caridad, me pintó como a una puerta mil veces barnizada. Desfilé con el uniforme y los párpados embadurnados de un azul barato, indeseable, como el que ella usaba. Pensé, frente al espejo, que parecía un travesti. ¿Qué podría ser peor que este remedo de mí misma?, me dije. Pues una imitación verdadera, me responderían los acontecimientos. Aparecieron, tras de nosotras, de la muchedumbre, las reinas bufas del colegio, nuestros propios compañeros disfrazados y también pintados de azul, como si la maestra los hubiera maquillado. Se burlaban de nosotras, pero sobre todo de mí, podía sentirlo, con la pinturita azul. Cómo no me negué, podría haber estado riéndome de las reinitas, ufanándome de mi inteligencia, haciendo sentencias contra el machismo. Qué tonta. Las pelucas les bailaban, lo mismo que los sostenes abultados con pomelos. Involuntariamente crucé los brazos sobre mis insignificantes posesiones, sin poder disimular la mueca en mis labios. Deseé tan intensamente una catástrofe que me sacara de allí, que estuve a punto de llorar cuando ocurrió.

Ahí estabas tú, con un lunar tan negro como la fatalidad. Llegabas para acapararlo todo, mientras yo, en efecto, iba limpiándome disimuladamente las sombras con las mangas del suéter del colegio. Despampanante es una palabra que no alcanza para describirte. Te vestiste de Marilyn, pero no eras un eufemismo sino una aparición. Platinada, con tu lunar de película en blanco y negro, te sembraste en un par de tacones altísimos que te hacían monumental. Todo un cliché, pero el colegio te recibía en silencio. Eras la reina, no cabía duda, y nosotras unas ordinarias cortesanas. Por primera vez, la mediocridad era un alivio que me convertía en un borrón y que yo bendecía feliz. En cambio tú, Rafaela, resplandecías.

Los muchachos no tardaron en despertar, quizás abofeteados por la atracción que les provocabas; es que eras un ejemplar magnífico, corrompiéndolo todo. Como una marea brava, llegaron súbitamente los insultos, los chistes sucios y las bromas, que lejos de apagarte te volvían más lujuriosa. El vestido blanco danzó sin pausa hasta que una patada artera te derrumbó por la espalda. De bruces, fuiste despojada de tu hermosa peluca y te estrellaron la cabeza una sola vez contra el suelo. Saña, encono, venganza. Era tu hermano, enceguecido, que te maldecía. Te diste vuelta y al reconocerlo, te dejaste derrotar. «¡Puto, eres un puto!», te gritaba él, sujetado por los profesores, al tiempo que a ti te llevaban ensangrentada. Recuerdo mucho que quise acercarme para ayudarte, pero el tumulto me lo impidió. Esa mañana ya no hubo elección ni fiesta. Yo me sentí aliviada de volver al anonimato, aunque no dejaba de perseguirme la culpa. ¿Culpa o curiosidad? Lo había deseado de algún modo, tú de alguna manera me habías salvado. Así que te llamé por teléfono aquella misma tarde. Pedí por Rafael:

Dirás Rafaela, riéste.

Tengo tu peluca, dije de un modo amigable, pero tu silencio me confundió. Habla Mar. Esta mañana, en el desfile... ¿Me recuerdas? Estoy en el «A».

¡Obvio!, distendiste, divertida por mi nerviosismo. Sabía que eras tú desde el principio.

Unos días después, volviste al colegio con tus grandes aretes verdes: invencible.

Reías como un acordeón, Rafaela. De tanto doblegarla, tu voz era nasal y afectada. Al principio te escuchaba con precaución, atenta al momento en que tus cuerdas de macho te traicionarían, pero eso nunca ocurrió y tuve que darme por vencida. Incluso cuando reías como un fuelle ronco, desde el fondo de las entrañas, lo hacías como mujer. No he conocido a nadie con tanta claridad, propósito y disciplina en la vida.

¿Qué vas a hacer cuando termine el colegio?, te pregunté por esos días y te sentaste toda emocionada, en disposición a contarme un secreto.

¿Me juras que no se lo dirás a nadie?

¡Lo juro!, asentí con seguridad, muy seria, para que me contaras.

Me voy a operar, estoy juntando plata, dijiste sonriente.

¿Pero y tus padres saben?

Negaste con la cabeza.

Entonces indagué, sin poder contener mi morbo. Tú eras para mí una atracción sobrenatural.

¿Qué te vas a operar?

O sea, ¿qué crees?, respondiste señalándote lo que iban a ser las tetas. Las quiero así de grandes.

Siempre lamenté el desperdicio de tu fenotipo perfecto. Siempre pensé en todas las inmoluciones que deseabas para destruir lo que miles matarían por tener. ¡Maldita!

Dije algo como: Imposible, eso es carísimo. Y tú te defendiste toda autosuficiente, como hacías cuando todo parecía irremontable, diciendo que tenías una tía que te estaba ayudando. Yo, que sabía mentir, no pude creerte, pero no me dejaste refutar.

Por último, dijiste contra todos mis peros: trabajaré.

Me salió una gran carcajada.

¿En serio? ¿De qué?

¡Qué sé yo! Podría buscar trabajo en una peluquería, tengo amigos a los que les va bien.

Nunca me llevaste adonde tus amigos peluqueros, Rafa. Decías que yo era muy «fresa» y eso me enojaba.

Sabías cómo devolverme los golpes.

Bueno, bueno, y tú, ¿qué harás?

Ir a la universidad, ¡obvio!, dije, remedándote.

¡Qué apuro, niña! No sé cuál es el apuro de dejar esta cárcel para meterte en otra.

El apuro de irme, respondí con furiosa honestidad y tú también te mataste de risa.

Podrías viajar, cambiaste aquel tonillo de autosuficiencia. Si yo no tuviera que operarme, viajaría. Agarraría el morral y me iría. ¿Por qué no te largas?

Por lo de la admisión; y, además, con qué dinero, pensé.

No iba a pedirle ni un centavo a papá. Él se la pasaba hablando de austeridad. Insoportable. En medio de sus sermones sobre el capitalismo me daban ganas de decirle, con todo tu sello: ¿Sabes qué? Cómprate un chanchito y ahórrate tus comentarios.

¡Ay, yo me iría! ¿Qué te importan los exámenes de admisión? En esta vida hay que ser arriesgada.

Rafa, igual voy a viajar en la vacación, me defendí: a la casa de mis abuelos.

¿En serio?, dijiste exaltada. Entonces, ¿vas a tocar la nieve?, hiciste como si tuvieras un abrigo de piel. Yo no la conozco, ¿sabes?

Yo menos.

Pero un día iré a esquiar a los Alpes.

No sabía si tocaría la nieve en Bolivia. Nunca había visto nieve en la casa de mis abuelos. Sí en las montañas, mas no en la ciudad.

¡Lo importante es que viajarás a otro país!

Se hizo una pausa de silencio.

¿Y no te vas a operar el «coso»? te dije.

¿Qué coso?, largaste otra carcajada.

Ya sabes, el pipí.

Me reí de nervios. Fuiste buena, dejaste pasar mi bochorno.

Es cuestión de plata y tiempo, ¿se entiende?, me explicaste. Si tuviera el dinero, me operaba mañana mismo. Pero como no, voy por partes. Primero lo que más se ve. Las tetas y las hormonas. Soy rubia, pero igual me molestan los pelos. Pelos por todas partes. Es un horror.

Yo también odiaba los pelos. Tenía una pinza asesina de pelos. Una pinza que amaba la sangre.

¿Estás segura?, ¿no te da miedo arrepentirte? Mira que una vez que te lo quiten..., dije sin restos de sarcasmo.

Estoy tan segura como que sé que necesito respirar para vivir. Esto es lo que quiero desde que me di cuenta de que a las mujeres no les cuelgan «cosos». Y eso fue como a los cinco años.

Yo no podía explicar qué quería en la vida. Tú, en cambio, sí. Querías dejar de ser «él» para convertirte en «ella». Es decir, verte como tal, porque ya te sentías mujer desde hacía mucho. Tu madre me lo contó, como si tuvieras una enfermedad congénita, cuando dejaste el colegio. Todavía

no ibas al primer grado cuando ya querías usar vestido. Ella lo descubrió en la costurera. Los había llevado a ti y a tus dos hermanos a que les confeccionaran los trajes para un matrimonio. Estabas embelesada por el largo y amplio vestido de tu hermana, por las cintas y los encajes que esperabas para ti misma y que no recibiste, por supuesto. A la hora de la boda, los dos varones, tú y el bestia de tu hermano, tuvieron que vestir pantalón, camisa y corbata de gato. Caíste enferma ante la evidencia de que los que tenían pipí usaban pantalón. Por primera vez te dabas cuenta de que las diferencias con tu hermana eran innecesarias y de que las igualdades con tu hermano eran horrendas e insuperables. Por primera vez te enfrentabas a la forma de tu sexo.

Recuerdo como si fuera hoy tus palabras, tan llenas de terquedad y de futuro.

Por ahora, lo importante son ellas, me dijiste levantándose la camisa con los dedos en pinza, a la altura de las tetas. El resto puedo seguir escondiéndolo.

Me reí. Supe lo que quería yo en ese preciso instante, no al día siguiente ni después: ¡echarme al mar y escapar! «Como Ulises o Ismael», hubiera dicho mi abuela, pero tú, Rafa, no sabía quiénes eran ellos. Y no me iba yo a poner a explicártelo.